

ATROPOLITICABILOGRAFIA

Lealo, colóquelo en el estante, y salga a respirar aire fresco

De esta breve novela (*) escrita por François Mauriac hace más de cuarenta años, se sale como de todas las novelas con una vaga sensación de sofía, de irremediable, casi viscosa perversidad, cómplices nosotros, tanto como el autor, de inconcebibles devotas. En cierto modo nos llegamos a sentir autores de lo que acontece, y culpables al mismo de lo que no acontece, hasta tal punto el verdadero autor nos impone su fascinación. El tema es en apariencia elemental: un joven de fines estirado, heredero de una gran fortuna, se casa con una humilde joven de pureza casi inmaterial. Un martirio mutuo que arrojan la proximidad, el deseo y la repugnancia, la humillación y la compasión, una atmósfera opresiva, un silencio cargado de tensiones malignas. Y cretan, como larvas informes, sentimientos que se encierran entre los más íntimos estrófalos, que se insinúan en los personajes y en nosotros, sin que encontremos la ocasión de defendernos. El pecado, sobre todo el insinuado, el no consumado, el pecado que el autor nos hace sentir como habitándonos en los repliegues más inconfesables de nuestras subconciencias, un pecado latente, omnirosa, "postró" —según lo adjetivaba Claude-Edmond Magny—, asoma su rostro equívoco, no se sabe si como correctivo de una realidad insostenible, o como una variación, tanto más temible cuanto menos formulada, de la flaqueza y de la codicia del alma humana. Esa total falta de libertad que Sartre los tenebreros a los

personajes de Mauriac, apuñalados por los designios y contra-designios del autor, convierte al lector en aislado espectador de una fatalidad inconvertible. No hay salidas. Todo es, será siempre así. Y es como si Mauriac quisiera hacernos compartir su propia agobia, convencernos, por dentro, de que las cosas no pueden ser de otra manera. Y con qué eficacia de escritor lo logra; eficacia, más que arte, tan fría en el fondo nos parece, su contraste con la conmoción que nos produce. Es un escritor que se nos adhiere, que se nos meten por la piel. Y dejamos el libro como quien se arranca la corteza de una pastarla. Qué novelista hábil. Pero qué ingrato comparsa. Qué ejemplo insuperable de cómo Mauriac llamaba "convivencia" entre el novelista y su obra, esa complacencia subterránea en descubrir y describir el mal, en hacerlo casi palpable, en su más pegojosa proximidad. Arte puramente negativo —como decía exactamente C. E. Magny—, que no ve lo que pueda haber de real en los afectos, sino tan sólo eso que no sea, lo que dejan fuera, el gusto que los cerros y contradice. Arte de "voluntad perversa", como el mismo Mauriac llegó a definirlo cierta vez, sostenido por la predisposición más o menos morbosa de quienes no han sido queridos nunca; y dentro de suya lógica, el dinero —aquí el del heredero, como después el de Teresa Desqueroz— viene a sustituir a ese amor ausente como para remachar sin vueltas tanto enajenamiento. Y la virtud sólo puede manifestarse entonces como un "esfuerzo" jodil; admirable, sí, pero minado por el tático convencionalismo de su absoluta impertinencia. El "hace al leproso" no pasa de ser así un gesto sin consecuencias, y la moral, no presencia contravida a tirado decorativo, como para medir mejor el trozo recorrido por el mal. Ante un libro así, admirable en todos los sentidos, sólo cabe un consejo: léase, tómese luego con dos dedos, colóquese en el estante manos recibida, y sígase a respirar después un poco de aire fresco. W. L.

(*) **FRANÇOIS MAURIAC: EL BESO AL LEPROSO.** Santiago de Chile, Pomara, 1943, 116 pp. (Trad. de Isabel Ruíz de Dacot).